

Noticias del Mundo Científico

Ciencias ocultas

FEDERICO CALVO

ESTE título envuelve un contrasentido, desde luego que todo lo que es científico tiene que ser perfectamente real y positivo y no maravilloso ni oculto; pero en tratándose de investigaciones espiritistas los contrasentidos calificativos son hasta necesarios.

En una revista americana de gran circulación hemos tropezado con un artículo que ostenta este título:

"A dead artist who came back to paint."
(Un artista muerto que vuelve a pintar).

Se trata de las experimentaciones de un doctor James H. Hyslop sobre un caso de sugestión artística. Un señor de nombre Frederic L. Thompson, joyero de profesión, de repente se siente inspirado por la genialidad pictórica y tal es la necesidad de expresión, que tiene que proveerse de brochas, de pinceles, de paletas, de caballetes, de tientos y de colores para dar pábulo a su irresistible sed pictórica.

El paisaje es su querencia predilecta y logra en este empeño algunos resultados, a pesar de desconocer todos los recursos del tecnicismo. Entre tanto va cobrando un gran desapego por su profesión de orfebre.

La nueva impulsión trae consigo el convencimiento en Thompson de que él es el gran paisajista americano Robertt Swain Gifford, a quien había conocido antes y visto trabajar algunas veces en su gabinete.

Al saber que la «American Art Galleries» había inaugurado una exposición de los trabajos del célebre Gifford, se trasladó a Nueva York inmediatamente y allí se extasió por algún tiempo delante de las producciones del maestro. Fue entonces cuando tuvo noticia de la muerte de Gifford acaecida unos seis meses antes de que Thompson se sintiese irresistiblemente atraído por las complacencias pictóricas.

El mismo ha confesado que toda vez que ha contemplado las producciones de Gifford, ha escuchado una voz interior que le dice:

"Ves mi obra? Pues trabaja y continúa."

La obsesión más constante en Thompson

es la de reproducir un paisaje de cuatro arbolitos en hilera, situados en un otero a inmediaciones del mar.

El doctor Hyslop, bajo cuya responsabilidad se ampara esta relación, dice haberse valido de una «medium», Mrs. Rathbun, para cersiorarse de si el espíritu de Gifford intervenía en tal sugestión. Hecha la experimentación, resulta que la «medium» describe a un pintor idéntico al difunto Gifford, relata su historia a grandes rasgos y tomando un lápiz y un papel hace el croquis de los arbolitos, tal como constantemente los pinta Mr. Thompson.

Dice, además, que este paisaje se encuentra en una de las islas Elizabeth, en la costa de Nueva Inglaterra. Otras experimentaciones con diferente «medium», Mrs. Cheweth, confirman con mejores detalles el resultado de la primera sesión.

Poco tiempo después el mismo Thompson se dirige a Nonquitt, Massachusetts, en donde está situada la casa veraniega del difunto Gifford, con el fin de verificar la exactitud de sus alucinaciones artísticas con los paisajes de aquel lugar, encontrando muchas de las escenas pictóricas que bullen en su fantasía.

Allí tuvo la oportunidad de ser recibido por la señora Gifford, quien le permitió visitar el estudio del difunto y ver las obras inéditas y los apuntes que dejó. En un rollo de papel encontró el croquis del grupo de arbolitos que tanto le preocupaba y supo que ese paisaje estaba en la isla de Nashawena. Con grandes dificultades se trasladó a dicho paraje y pudo comprobar la existencia real de los arbolitos en hilera situados en un otero a inmediaciones del mar.

En el cobmo de la estupefacción se puso a tomar el apunte directamente de la realidad y, cuando tal hacia, volvió a escuchar la voz misteriosa que le decía: "Ves mi obra? Pues trabaja y continúa."

A pocos pasos del grupo de arbolitos, Mr. Thompson encontró gravadas en un tronco las iniciales de Gifford y las cifras del año de 1902.

En concepto del profesor Hyslop este fenómeno es uno de los más interesantes que ha presenciado en el campo de las investigaciones psíquicas. Desgraciadamente lo ha estudiado más bien desde el punto de vista espiritista que no dentro de la investigación científica, conformándose con darnos una narración que nada nos enseña ni nada nos demuestra.

Probablemente su creencia a este respecto es la de que el espíritu de Gifford encarna constantemente en el cuerpo de Thompson, y de ahí las coincidencias que dejamos anotadas; pero al considerar el fenómeno desde el punto de vista netamente científico y experimental, muy otros habrían sido los procedimientos seguidos por el doctor Hyslop.

En este caso su primer cuidado habría sido el de estudiar el grado de la sugestionabilidad de Thompson, valiéndose del hipnotismo, y con este indicio habría podido explicarse fácilmente las alucinaciones de Thompson y poner en claro toda la verdad del fenómeno, sin tener que recurrir a la circunstancia de la muerte de Gifford y de la cual hace un mérito que no puede ser valioso sino para los espiritistas.

Dice Hyslop que Thompson era joyero de profesión y que por lo tanto era sorprendente la habilidad que ha desplegado en el arte pictórico, que le era completamente desconocido. Este concepto, encaminado a demostrar la intervención espiritista, es completamente arbitrario, si se tiene en cuenta que la orfebrería es un ramo artístico y que quien la cultiva está capacitado para apreciar las obras de arte y practicarlas con mucha ventaja, ya se trate de pintura, de escultura, de música o de poesía. Mejor dicho el genio artístico es uno y sus formas de expresión son varias. Miguel Angel era escultor y nada sabía de pintura cuando se hizo cargo de colmar la bóveda de la Capilla Sixtina con uno de los trabajos más valientes del desnudo.

En cuanto al paisaje del grupo de arbo-

litos, que reproducía Thompson directamente o indirectamente por la intervención de «mediums», y cuyo apunte se encontró en el estudio de Gifford y el original en la isla de Nashawena, el profesor Hyslop insiste en presentárnoslo como un comprobante espiritista, sin detenerse a considerar ni a cerciorarse de si Thompson pudo guardar memoria subconsciente de tal paisaje desde el día en que visitó a Gifford por primera vez. Por otra parte la simplicidad y la belleza de esta obra son tan fácilmente comprensibles, que cualquiera que tenga una mediana disposición pictórica puede recordarla y reproducirla sin grande esfuerzo.

Thompson la reproducía sin recordar su procedencia, y de allí la mistificación con que nos presenta el caso el doctor Hyslop.

Un fenómeno mal observado y peor explicado por un espiritista que ostenta el título de doctor, es un manojo de mentiras que viene a colmar las preocupaciones de ultratumba y los fanatismos religiosos de las masas populares.

Por causa del eco el hombre primitivo debió ser víctima de muchas preocupaciones y de muchas creencias desnaturalizadas, todo lo cual quedó reducido a cero cuando la acústica evidenció el mecanismo del fenómeno; la alquimia sucumbió con la verdad química, la astrología le dejó libre el campo a la astronomía, la frenología a la craneometría y el espiritismo y el teosofismo se irán nulificando a la medida en que progresa la psicología.

Y es porque la ciencia humana es de naturaleza física, como físico es nuestro organismo con todas sus complejidades y físico el inmenso cosmos que nos rodea. No puede haber ciencia de naturaleza distinta, a menos que sobrevenga una transformación universal, pero entretanto todos los conocimientos humanos y todos los que aún permanecen desconocidos, son y serán esencialmente físicos, y de ahí que podamos englobar dentro de la Cosmología y la Psicología todo el acervo del saber humano.

Lo que debe ser la educación física

ESTHER N. DE CALVO

Profesora de Pedagogía en la Escuela Normal de Señoritas

I.—¿Cuál es el ideal?

II.—Fines: higiénico, educativo, estético y moral.

III.—Medios de realizar el verdadero ideal. La vida intelectual y la moral no pueden

existir si no se sostienen con una vida física, robusta y sana.

En efecto, el cuerpo es el instrumento indispensable del alma y ésta por medio de los sentidos externos y del sistema nervioso,

cumple tanto mejor sus operaciones cuanto mejor servida esté por un instrumento más perfecto, es decir, por un cuerpo racionalmente organizado.

La cultura física es, pues, tan necesaria como la cultura intelectual y moral del individuo, y dar a las tres igual importancia en la práctica, es realizar el verdadero ideal de la Educación, cual es, el de «formar al niño, todo entero».

A pesar de las tentativas de nueva orientación que se han iniciado entre nosotros recientemente y que están en vía de buen éxito, existen aún graves errores en nuestra cultura física nacional.

La base, el punto de partida de nuestros cursos de gimnasia es falso aún. Creemos que el movimiento, cualquiera que sea, es siempre útil a la salud y nos olvidamos del verdadero fin a que tienden los ejercicios físicos: el perfeccionamiento del organismo humano.

Buen número de ejercicios son verdaderas maniobras de acróbatas tomados de aquí y de allí sin ninguna idea directora y casi siempre unos mismos, cualquiera que sea el caso, la edad, o el sexo.

Los medios con frecuencia empleados son de carácter atlético, siendo tanto más grave el mal, cuanto que no distinguimos tampoco para su aplicación ni la constitución ni la edad ni el sexo de nuestros educandos.

En estos últimos años la pasión por el deporte ha tomado también un desarrollo considerable. Pero en todos los deportes encontramos el mismo defecto que acabamos de reprocharle a la gimnasia. Sus propagandistas se olvidan del verdadero fin de todo ejercicio físico, cual es, el aumento del capital: salud y energía del individuo; toman por fin lo que es sólo un medio: el ejercicio, y partiendo de ese punto de vista absolutamente falso, llegan a exageraciones deportivas que destruyen la salud y deprimen la energía del sujeto.

Una observación que ha de hacerse igualmente es que los «gimnastas» y los «deportistas» sienten unos por otros una indiferencia real por no decir una antipatía marcada. Ambos preconizan el valor de los medios que emplean, gimnasia y deporte, y menosprecian los de los demás sin comprobar que la gimnasia y el deporte son dos modalidades diferentes del ejercicio físico, las cuales deben concurrir simultáneamente en el perfeccionamiento corporal del ser humano.

Para el gimnasta, el ser humano ideal es el hércules de músculos hipertrofiados y de fuerza colosal. Para el deportista es el sujeto que puede producir las más hábiles haza-

ñas, aun en detrimento de su salud. Es así como los periódicos universales elogian los grandes hechos del corredor que llega al término glorioso, pálido, deshecho y vacilante, con los ojos salidos de las órbitas: ¡Qué bello ideal!

El error de muchos autores que han hablado o escrito sobre el ideal humano desde el punto de vista corporal, es el de haber considerado sólo las formas visibles del cuerpo, abandonando casi totalmente lo que es más importante: los órganos internos y su funcionamiento.

El organismo humano no se compone únicamente de un esqueleto y de músculos que dan sus proporciones al cuerpo; su construcción íntima es mucho más compleja, y la buena conformación, la armonía del funcionamiento de los órganos internos, corazón, pulmones, estómago, intestinos, etc., tienen la más profunda repercusión sobre la conformación exterior del individuo. Si queremos, pues, obtener un cuerpo hermoso, hagamos un corazón sólido, pulmones bien constituidos, un estómago resistente; cuidemos la integridad y el buen funcionamiento de todos nuestros órganos; en una palabra, hagamos primero una buena salud.

La salud será, pues, nuestro primer y más importante objetivo en la investigación del perfeccionamiento físico. Del buen funcionamiento orgánico de nuestro individuo resultará, naturalmente, un poder dinámico latente más fuerte, o en otros términos, más energía. En la educación física, no debemos buscar la fuerza como un fin, ella es una consecuencia, viene por sí sola, es una resultante de nuestro estado de salud y del perfeccionamiento de la asimilación y de la nutrición.

Cada individuo posee cuando nace cierto capital de cualidades físicas al límite del cual no siempre llega por sus propios medios; posee a veces como en reserva ciertas cualidades que sólo se desarrollan con la intervención de factores favorables, tal como una buena educación física.

De acuerdo con esta teoría, no es cualquiera el que puede llegar a un desarrollo muscular y a una capacidad dinámica iguales a los de otros sujetos. Este individuo posee una naturaleza rica en músculos; aquel otro tiene un sistema muscular débil. Ahora bien, existe en cada sujeto una relación precisa entre el grado de desarrollo de los músculos y la capacidad de desarrollo y de funcionamiento de sus órganos internos; corazón, pulmones, etc. En consecuencia, si queremos desarrollar de modo especial los músculos en un sujeto de constitución débil lo

haremos en detrimento de órganos que son mucho más importantes para la vida.

Además, cierta capacidad vital se halla repartida entre todos los órganos del cuerpo, y si el desarrollo muscular excede a la capacidad natural del individuo, habrá desequilibrio entre el músculo y los órganos encargados de asegurarle su nutrición, de donde emanan las afecciones cardíacas y pulmonares que se observan con tanta frecuencia en los sujetos de musculatura abundante.

Una educación física racional, que cuida igualmente de todos los órganos del cuerpo humano, tendrá por consecuencia un desarrollo muscular y dinámico natural en relación con los medios normales de la economía animal. Esta cuestión del desarrollo muscular exterior aparente del individuo está, pues, subordinada a la capacidad natural, a la salud de cada sujeto. Pero más importante que el poder dinámico momentáneo, es el poder dinámico de larga duración: en otras palabras, la «fuerza» es menos útil que la «resistencia».

La fuerza es sobre todo la consecuencia de un sistema muscular desarrollado; la resistencia es el indicio de un desarrollo proporcionado de todos los órganos.

Aprender a utilizar económicamente esa energía que nos proporciona el estado de salud y a no malgastarla en vano, he aquí otro de los grandes fines de la educación física.

Persigue además un fin estético: corrige todas las deformaciones del cuerpo que pueden quebrantar la armonía de las formas; dá a los grupos musculares de cada región un desarrollo suficiente y proporcional a la longitud del cuerpo y de sus segmentos de modo que no subsista ninguna desproporción de apariencia exterior.

Pero de nada sirve haber dado al individuo un cuerpo robusto armonioso y sano, si no se le ha desarrollado a un mismo tiempo el sentido moral. Ahora bien, los ejercicios físicos tanto, y mejor talvez, que los ejercicios intelectuales permiten la realización de la educación moral del individuo.

Ya que hemos establecido nuestro ideal y que hemos definido nuestro cuádruple fin, el higiénico, el educativo, el estético y el moral, sólo nos queda por buscar los medios de realizar este ideal.

El principal medio de que disponemos para realizar la educación física, es el «movimiento»: sus diferentes manifestaciones son la gimnasia, el juego, el deporte, y el trabajo manual. Existe entre estas manifestaciones del movimiento una relación íntima: ellas no son independientes ni aisladas la una de la otra como lo sostienen todavía al-

gunos devotos parciales de una de esas manifestaciones. La gimnasia, el juego, el deporte y el trabajo manual «se completan mutuamente» para realizar dentro de su integridad, el ideal que nos hemos propuesto.

La gimnasia es la base del movimiento; como si dijéramos su gramática, su análisis. El juego, el deporte, y el trabajo manual son su aplicación, la síntesis. La gimnasia permite la localización del esfuerzo, y por medio de esta localización del trabajo, ella influye de modo preciso y en un grado necesario, sobre tal órgano y sobre tal función; ella estudia analíticamente cada movimiento del cuerpo humano y sus combinaciones artificiales; ella analiza los ejercicios más sintéticos de la marcha, de la carrera, del salto, para poder realizar después en el juego, en el deporte y en la vida diaria, una ejecución más perfecta, más económica y más adecuada al funcionamiento orgánico normal. El juego y el deporte son síntesis naturales que exigen coordinaciones exactas de movimientos y que provocan reacciones orgánicas extremadamente vivas y benéficas. Por eso es preciso que los órganos a quienes ellos sobreactivan sus funciones, hayan sido fortificados de antemano, por medio de la gimnasia para que no sufran de esa sobreactividad con frecuencia intensa.

El trabajo manual es la aplicación directa a la vida corriente de las cualidades físicas adquiridas; es la educación de la utilización hábil y económica de la energía acumulada.

El juego y el deporte tienen una acción general sobre las grandes funciones del organismo y con frecuencia no es posible determinarles acción local preponderante. En ellos se tiende ante todo, a obtener efectos generales; la actividad y el perfeccionamiento de las funciones respiratorias, circulatorias, nerviosa, etc.

Es por medio del juego espontáneo y recreativo como el niño reposa después de la actividad intelectual, acopia atención para las clases y restablece las funciones entorpecidas por el estudio; perfecciona su educación motriz y contribuye a la adquisición de las cualidades que harán de él un hombre sano, bien desarrollado y de sentido moral bien equilibrado. El juego es, pues, una necesidad no sólo para el niño que realiza toda su educación motriz por medio de él y que perfecciona por sus movimientos físicos sus conocimientos intelectuales, sino lo es también para el niño en todos los períodos de la adolescencia y aun para el adulto ya formado.

En conclusión: la práctica de los ejercicios de aplicación supone la preparación del

organismo por una práctica anterior suficiente de la gimnasia general; y se presenta después el deporte como el punto culminante, como la más alta expresión de la educación física.

Por esto recomendamos que no se practique el deporte antes de los 18 años, porque nos parece absurdo exigir un máximo de rendimiento de la máquina humana cuando no está sino en vía de construcción. Hasta esta edad concretemos nuestros cuidados a la confección inteligente del motor humano y

no utilicemos ese motor como productor de trabajo útil, sino cuando esté completamente terminada su formación.

Llegados al término de esta exposición muy general de la nueva orientación de la educación física, hago votos por que el éxito corone los esfuerzos de aquellos que en nuestro país se han hecho los apóstoles de esta enseñanza. Ojalá pudiéramos llegar por la práctica de estos medios racionales a aumentar el grado de salud, de belleza, de productibilidad y de moralidad de los ciudadanos de nuestra patria.



Aquilataciones

La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

«La noche del sábado»

UN «hall» en una villa suntuosa. Así fija el autor el lugar de la acción en el primer acto. Y en ese «hall», una princesa, una gran dama inglesa, dos príncipes, una condesa, un duque, un lord... total, diez grandes personajes que representan lo más encoquetado y elegante de la aristocracia europea.

¡Verdad que es para chuparse la lengua de gusto ante la suculenta ración de vida cosmopolita, dorada y holgazana, que se nos va a servir? Don Jacinto Benavente va a hundir su escalpelo, su terrible escalpelo, en la fina carne parásita de la nobleza europea! ¡Ojos y oídos nuestros, para qué os queremos!

Pero la lástima es que yo no pueda, por falta de espacio, reproducir íntegro aquí, al comenzar, el prologuito con que nos prepara el paladar el autor. Léalo, lector, léalo tres o cuatro veces, antes de decirme si ha visto en todos los días de su vida una sopa retórica tan detestable, un alarde oratorio tan

hinchamiento de rana para darle a entender a uno, sin decérselo, sin perder el airecito de modestia, que allí va a ser Troya.

...“Y aquí, en este pedazo de tierra encantado por la Naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal a la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo, pero huyen del frío y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es de infierno dantesco...”

¿Quién que lea eso no tiembla de pies a cabeza de pura expectación?

Entremos ahora y veamos de qué se trata. El caso es el siguiente. El príncipe Miguel tiene una querida, Imperia, en torno de la cual giran todos los acontecimientos que allí tienen lugar. ¿Quién es esta Imperia? Nos lo va a decir el mismo autor, por boca de Leonardo, un escultor:

—“Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; esa pobreza de las grandes

ma, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible..., una sonrisa de vida que triunfa o de muerte que lleva al desencanto... Hace tiempo que no he vuelto a contemplar mi obra; mi sentimiento del arte no es el mismo de entonces, pero estoy seguro de que algo había en ella. Una combinación de materiales atrevida: las rocas del pedestal eran de granito, la figura de mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente."

Ya conocemos a Imperia. Sabemos que fué querida del príncipe Florencio, primero, y del príncipe Miguel, después. Pero es necesario saber un poco más; saber que Imperia tiene una hija, Donina, que a los catorce años se escapó de la casa de sus paupérrimos abuelos maternos para irse a correr mundo con su novio, un muchacho como ella llamado Nunú, y ambos trabajan ahora en una compañía de circo. Donina ama a Nunú apasionadamente, con ese amor exclusivo, calenturiento, volcánico y huracánico, con que hemos visto que aman siempre estas pobrecitas mujeres de Benavente.

(De otros tipos de amor en otros tipos de mujer menos primitivos, parece que nada sabe, ni de oídas, este gran espíritu moderno. Lo que es por ahí, por ese lado, encontramos a nuestro hombre parado en el mismo sitio donde nos dejaron los amantes de Teruel, Romeo y Julieta y demás héroes de la hiper-amatividad clásica. En esto, como en casi todito lo demás, no ha llovido ni una gota para nuestro bienaventurado don Jacinto...)

Pero decíamos que Donina amaba desafiadamente a Nunú. Este, sin embargo, no la amaba a ella; cosa muy natural, creo yo de paso, aunque esto ni lo sugiere ni se le ocurriría en un siglo a don Jacinto;—cosa muy natural, digo, porque lo menos amable de este mundo es una persona—hombre o mujer—en la que el amor reviste ese aspecto de idea fija, de monomanía de manicomio, de delirium tremens. Y prueba de que ello es así, es que casi siempre en la realidad los atacados de esa clase de delirio amoroso se quedan solos, sean hombres o mujeres, Romeos o Julietas: no hay Dios que aguante por quince días seguidos el vaho asfixiante, de hospital, que echa de sí la fiebre alta de un amante de Teruel.

No la amaba, no; antes al contrario, deseoso de hacer dinero para irse a su pueblo a casarse con la aldeanota de maciza honradez de sus sueños, explotaba la ceguera de Donina tratándola de vendérsela al príncipe

Florencio, un tarambana vulgar, heredero presunto del imperio de Suavia.

Y ya estamos cerca del desenlace. Una noche, la noche del sábado (lo mismo pudo ser jueves o miércoles, pero entonces no se podía explotar la fecha para el recurso zoquetudo del tufillo de aquellarre que al autor se le antoja, porque sí, porque le parece bonito, meter en la obra); la noche del sábado, la del aquellarre ¡oh! (aquí se suplica al lector que abra mucho la boca para deleite del pío y felice autor), todos o casi todos estos personajes empingorotados acuden a un burdel de las afueras; la taberna de Ceceo, frecuentado por acróbatas, marineros y demás gente maicante, y allí a las doce en punto (la hora bruja por excelencia, ¡huy! ¡qué miedo!) Donina, a quien está tratando de besar el príncipe Florencio, en un rapto de fiero pudor ofendido, derriba a éste de una puñalada. Muere luego Donina de remordimiento, parece, y al príncipe Miguel, tío del muerto, le cae mansita la breva del trono de Suavia, y como Imperia es su querida, con gran influjo sobre él, se le echa tierra al asunto del asesinato, que pasa a ser oficialmente suicidio...

¡Y ya lo ven ustedes! La idea, la gran idea de Leonardo, aquello, tan bonito, de la muchacha—Imperia—"que trepaba por una roca con penoso esfuerzo, y ya en la cima caía rendida sobre un trono, y su cara resplandecía con una expresión indefinible"... ¡se ha cumplido ya, al pie de la letra! Ya Imperia, la muchachita que fué modelo, ha saltado ¡oh! a querida de un rey, del Emperador de Suavia.

Y ahí está, ahí está todo el drama, sin que me acuse la conciencia de haber omitido nada esencial. Y ahora, otra vez la pregunta inevitable. ¿Qué ha visto usted, lector? ¿Ha visto algo que justifique los aspavientos del prólogo? ¿En qué momento de este pueril batiburrillo de nobles el escalpelo del insigne maestro le ha crispado los nervios con alguna nueva, audaz exploración en los tejidos internos del monstruo del gran mundo?

Nada, nada, nada. Todo anécdota pura, mero chismorreco vulgar de crónica social, relato incoherente e incoloro de diligencia o parte policial. Todo esto que aquí pasa ¿en qué se diferencia del enfadoso emplasto de farsa convencional que le sirve de base al dramón de cine o de opereta? La muchacha pobre que empieza en modelo y acaba, por un golpe de azar, en gran señora, lo mismo que, por otro golpe de azar no menos caprichoso, podría acabar en la cárcel; la niña arisca de fiero pudor que se defiende del se-

ductor infame con puñal o revólver, el aristócrata vicioso que distrae sus tedios elegantes en el burdel hampón frecuentado por golfos y mujercuelas....

¡Válgame Dios! Si desde «La viuda alegre» y «La princesita del dólar» y otras fabulillas parecidas, no ha quedado rincón del mundo que no haya tenido ocasión de empalagarse hasta la náusea con el diario amasijo de condes Danilos, corroidos de tedio elegante, que salen de una taberna para heredar tronos, y muchachas de arrabal que dan puñaladas o se hacen princesas, pasando antes, por supuesto, por el inevitable estudio cursi de pintor o escultor.

¡Bendito Dios! Y que sea esto lo que al coloso del drama español se le ocurre ofrecernos, después de exacerbar nuestra expectación hasta el paroxismo con aquello de

“y aquí, en este pedazo de tierra encantado por la Naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal a la moda; han elegido bien su terrenal paraíso,” etc.

Y tanta gente, y tantos nombres rimbombantes, para venimos a salir con esta burda y manoseada fabulilla de argumento de opereta.

Porque es inútil, lector, que usted busque y rebusque: no hay otra cosa. No hay más que la concepción superficial, palurda, mediocre, que tiene del gran mundo un Juan de Dios Peza o un Jorge Ohnet. Para éstos no había otros tipos de aristocratismo mundano que el que compuso, con la mera exterioridad fachendosa de la vida de Lord Byron, la literatura tontamente romántica de hace medio siglo. El tipo aquel, exasperantemente repetido, de noble convencional, de eliché, medio bohemio a lo Murger, medio dandy a lo Brummel, medio ribeteado de diabolismo a lo don Félix de Montemar, que todavía se arrastra en las creaciones folletinescas de los autores de cine, de novelón y de opereta.

No es que yo le niegue realidad, verosimilitud, a este tipo de noble de cabaret. Lo que le niego es vitalidad, calor, humanidad suficiente para ser dramatizado. Todo cuanto podía tener de jugo dramático el tal tipo, ha sido ya tan aprovechado que da náuseas. Este tipo ya llenó su cometido en el teatro. Sirvió en un tiempo para hipnotizar a la niña sentimental, para deslumbrar al muchacho calaverón en la edad del pavo y producir calofríos de recóndita admiración en el burgués con humos de gran señor. Pero fué tal el trasiego que los autores chirles le dieron a su exiguo jugo psicológico, pasándolo

de la novela al drama, del drama a la ópera, de la ópera a la opereta y de la opereta al cine, que no queda ya, a Dios gracias, ningún dramata de media cuchara que no pase de largo ante él, mirándole con el desdén profundo que merece un material dramático tan barato, tan ruin.

Pero... nuestro don Jacinto, cuya ideología es de la Edad de Piedra, era mucho que hubiese tardado tanto en obsequiarnos con el manoseado embeleco. Y ahí le tenemos, deslumbrado él también, como un Juan de Dios Peza, como un Jorge Ohnet, como un estudiantillo cualquiera, por la burda traza de infeliz plebeyo adulterado por el ocio que se esconde siempre debajo de la pechera almidonada de un noble de esos. Y habla de la vida necia, de la vida idiota de estos rastacueros blasonados con cerebro de canarios, como si esa fuera la gran vida, la vida alta y superfina y alucinante, llena de horror dantesco, del hombre de hoy. ¡Hombre, hombre! Se necesita ser bien inocente para aspirar a sacudir, a estremecer, a extraer fuertes emociones dramáticas, de tales figurillas de cinematógrafo.

Pero... ¡oh burguesismo, o filisteísmo mal encubierto de nuestro gran autor! ¡Cómo te exhibes, como sales y te nos ofreces desnudo cuando menos lo esperabas, cuando más esmeradamente te disponías a teñirte de un tinte opalino de ultramodernidad!

¿Qué? Lo dudan ustedes? ¿Dudan ustedes todavía del toseco, del palurdo, del ramplón filisteísmo de nuestro gran autor? Pues, por si lo dudan, allá va una prueba de calibre suficiente para aplastar a un elefante. Es él mismo, el mismo Benavente, en ésta su «Noche del sábado» quien nos la va a dar. La dificultad no está en hallar la tal prueba, sino en presentarla con la brevedad que demandan la prisa que tengo y el espacio que me queda. Veamos.

¿Se acuerda usted, lector, de aquello que dice el escultor, el Leonardo, al hablarnos de cómo conoció a Imperia? “Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos”.... Y sigue su relato, hasta que nos describe, al final, la fantasía que, para su obra maestra, le inspiró la muchacha.

“Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo; figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya, en la cima, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible...., una sonrisa de vida que triunfa o de muerte que lleva al descanso....”

Pues bien, el mismo Leonardo nos explica

en seguida (por temor de que nuestras entendederas sean demasiado flojas para caer en el intríngulis de su bobísima fantasía) que “la estatua esa... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega a un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra, qué se yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña...”

¡Lo véis! El gran autor nos quiso dar ahí la clave, el alma de su drama. El alma es ésta: “una mujer miserable que sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega a un trono”....

¿Véis como le asoman ya las patas al filisteo? Lo grande para él, como para todo espíritu mediocre, no está, no podía estar, dentro, sino fuera; no podía consistir en la depuración y superación del valor neto, verdad, de la personalidad de su heroína, sino... en donde hay que buscar siempre las grandezas del cine, únicas que deslumbran al burgués, o sea, fuera de uno, en el esplendor aparatoso de los títulos, palacios, esa fauna real, antediluviana y faraónica, que aún nos queda de un pasado bárbaro. Y este hombre, este pobre hombre, no sólo sigue creyendo que es dramática, seriamente dramática, la subida esa (plato diario del cine) de modelo y querida de escultor a querida de rey, sino que, en un raptó de inspiración—inspiración de alas de cucaracha—, nos dice al término del drama, con acento sibilino, por boca de la misma Imperia:

“Para realizar algo grande en la vida hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos cierran el paso; seguir, como única realidad, el camino de nuestros sueños hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado, unas hacia el mal para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien, para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor. ¡Adiós, Leonardo!”

“Es el beso del alma que me diste, ¡grande como tu idea!”

¿Pero está loco este hombre?—dirá quien se pare a considerar bien la abyección moral, la espantosa degradación humana, que chorre de la arenga transcrita. ¡Glorificador, como un alto, excelso ideal perseguible por toda la vida a través de todos los obstáculos, la condición de barragana (o consorte, lo mismo da para el caso) de un rey!

No, no está loco; yo respondo de que no está loco. Lo que le pasa es que está tonto, mejor dicho, que «es» tonto, tonto de remate. Sólo que hay dos clases de tontos, los

tontos ingeniosos y los tontos llanos, sin ingenio. Tontos ingeniosos: los marrulleros, los astutos en la vida práctica, y los sutiles, los «agudos» en la expresión hablada y escrita. De esta clase de tontos, con alitas de mariposa en el alma, están llenos los periódicos y las academias. Pero ¿ha visto usted, nunca, lector, a ninguna persona inteligente, verdaderamente inteligente (no simplemente leída o redicha, sino inteligente), dotada de amplia visión de las cosas, decir agudezas? No; el que maneja un telescopio intelectual, no descubre minucias; éstas las descubre siempre el que, por carecer de un buen telescopio mental de larga vista, tiene que manejárselas con sólo un microscopio.

Y este es el caso de don Jacinto. ¿Se trata de hilvanar frasecitas de relumbrón, se trata de retorecer el lenguaje para arrancarle una antítesis, retruécano o cualquier otro efectillo baladí por el estilo? Muy bien; aquí está nuestro hombre como en su casa. Se trata, en cambio, de ver lejos, de penetrar hondo, de intuir una situación dramática de la cual surja, sencilla y noblemente, un fino aroma de emoción o un centelleo de pensamiento... y ya no tenemos a nadie.

Y esto es lo que vemos aquí, en su «Noche del sábado». ¿Se trató de concebir y ponerle música—su musiquita cursi de retórica hueca—a la fantasía de la muchacha que trepa por la roca hasta caer en el trono... bien. Pero luego, cuando se trata de que su heroína plasme su sueño, su ideal de grandeza, en la realidad, la pobre heroína no tiene más remedio que mostrarnos por todo pedestal el asco de un triunfo de alcoba. Palacio real, corona real, tren real, aunque sea de orden bastardo... Sancho Panza mismo no se hubiera ganado a don Jacinto en su ideal filisteo de grandeza.

¿Y qué decir del airecito baudelaireco que postizamente sopla en la obra? A la visita clandestina que estos pazguatos nobles le hacen casualmente un sábado por la noche, a la taberna de Ceceo, el ingenuo don Jacinto se espeña en darle un tono aparatoso de fuga hacia el sabático aquelarre de los cuentos de brujas. Y a fin de comunicarnos por medios artificiales, como se hace con los niños, un escalofrío supersticioso, insiste una y otra vez en llamarnos la atención hacia el hecho de que

“entre las horas de la vida más apacibles, que nuestras almas brujas vuelan a su hay para todos una noche del sábado en aquelarre.”

¿Dónde está ese aquelarre, don Jacinto? ¿Y a santo de qué habla usted de aquelarres en relación con los pedestres lances de

su obrilla? ¿No le dá a usted vergüenza, hombre de Dios, tratando de sorprender a hombres de hoy con tales majaderías insulsas de tertulia de viejos de aldea?

Y es que no sabe ver, es que el pobre hombre no tiene sensibilidad bastante para días, los toques que tiene de enigma y de sorprenderle a la vida real, a la de todos los tragedias, y tiene que acudir a estos embelezos de teatro guiñol para darle a su historia ruin relumbres de misterio. Es ni más ni menos lo que hacen en el cine día tras día para sorprender al público que concurre a los interminables episodios de «El hombre fantasma», «El guante rojo», etc., donde nun-

ca falta un personaje, o varios, encargado de aportar este elemento de horror infantil mediante el recurso de «la mano mutilada» o «la mirada llamante» o «el barco negro», o «el teléfono de la muerte», y otro chirim-bolo parecido.

Y por si todo esto no fuera bastante para mostrarnos la hilacha del gran autor, ahí está el otro detalle risible de la madre del príncipe asesinado, de quien muy en serio noche en que le daban la puñalada al príncipe nos cuenta que a la misma hora de media cipe Florencio, se despertó ella sobresaltada, allá en su palacio, “porque le pareció que oía un grito.”... ¡Horror!...



Notas Panameñas

J. D. MOSCOTE

Hechos y libros

Dos palabras

CON el propósito de quitar una vez siquiera a estas notas esa cierta hosquedad que no hemos podido evitar en las anteriores, damos de mano a algunas consideraciones que teníamos en lista y preferimos llenar las páginas que se nos tienen reservadas con asuntos menos graves, de menos momento que los que nos han estado ocupando, aunque de ninguna manera faltos del suficiente interés e importancia que han de reunir los escritos que figuren en este rincón de CUASIMODO. Y para llevar a la práctica tal pensamiento hemos escogido dos trabajos de carácter absolutamente diferente: uno nuestro que es el prólogo que llevará un libro de la señorita Juana Raquel Oller, próximo a ver la luz pública, y un discurso del Gral. D. Santiago de la Guardia, actualmente Secretario de Hacienda y Tesoro. Este discurso ha sido publicado en inglés y en español en «The Star & Herald» y «La Estrella de Panamá», periódicos de extensa circulación, dentro y fuera del país; pero importa muchísimo que su conocimiento sea más extendido aún, si cabe, no tanto por lo que importen las opiniones que el General expresa

en materia de profilaxis venérea cuanto por el tono sincero, levantado y enérgico que tienen sus palabras, pronunciadas ante un grupo de lo más selecto de personajes de esta capital y de la Zona del Canal. La actitud del General de la Guardia es una prueba que nosotros queremos presentar en el exterior, no sin ofrecerla primero a los pusi-

lánimes de casa, de que si bien es cierto que la vecindad de los americanos es una circunstancia que nos obliga a ser muy circunspectos con ellos en muchas cosas, nada impide que llegado el momento o la oportunidad pueda decirseles toda la verdad que deba serles dicha. Una cosa es el desahogo de mal tono que dictan sentimientos de rencor mal disimulados y otra la expresión franca y justa de opiniones honradamente concebidas. El Gral. de la Guardia ha hecho lo último y tal es la razón por la que se ha ganado esta vez el reconocimiento de sus conciudadanos sin distinción de matices políticos o religiosos. El



SRTA. JUANA R. OLLER
Autora de "Impresiones de viaje"

ha avanzado ya bastante en el camino de la vida, ocupa una alta posición social y oficial en el actual gobierno de la nación y es muy probable que poco le digan los aplausos de CUASIMODO, pero de cualquiera manera que sea ahí van y que haga de ellos lo que a bien tenga. Nosotros entendemos suplir con un deber del cual no hemos querido excusarnos.

“Impresiones de viaje”

(NOTAS CRITICAS)

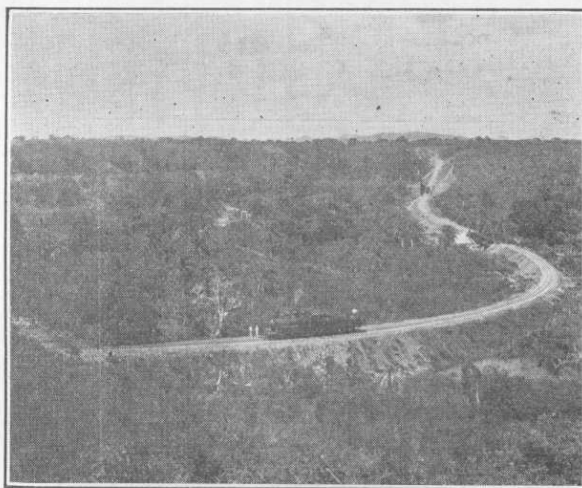
La señorita Juana Raquel Oller, maestra muy inteligente y entusiasta que ha venido distinguiéndose, desde hace algún tiempo, por sus iniciativas felices y desinteresadas en favor de la mujer panameña y de la educación infantil, ha concebido ahora la idea, que sin reservas le aplaudimos, de publicar en forma de libro varios artículos suyos descriptivos de los lugares más importantes de la República; y en un raptó de bondad muy propio de ella, pero que, en mi caso, le resulta un capricho inexplicable, me ha constituido heraldo de sus laudables esfuerzos confiándome el encargo de prologarle su interesante obrita.

Huelga decir con cuán sincera disposición y con cuán decidida voluntad me presto a desempeñar la honrosísima tarea que tan gentil amiga me ha señalado, pues creo que ninguna cosa mejor, ni más útil, podría hacer en este «pícaro mundo», en el cual todo es acerbidad y dolor, que servir de crítico de las labores intelectuales de un espíritu femenino, joven y bueno, ani-

moso y optimista, a quien la vida sólo ofrece halagadoras realidades y rientes perspectivas. Por lo menos, puedo esperar confiadamente que las brumas de mi alma se disiparán al ponerse en contacto con la suya y que si en mi improvisado oficio no acierto, sean el perdón y la benevolencia las únicas sanciones que a mi torpeza sigan.

Desde luego, apenas es necesario que diga que he leído con el cuidado y la diligencia requeridos los artículos que van a verse y que me han producido, en lo general, muy grata impresión, a causa, principalmente, del tono de ingenuidad y de llaneza que en ellos se nota por completo extraño a ese empalagoso egotismo, tan común en los escritores noveles. Ni una palabra hinchada de vanidad, ni un gesto de falsa modestia, las dos formas más corrientes de tan deplorable vicio, he advertido en estas páginas. Lo que la señorita

Oller se ha propuesto, esto es, describir lo que sus ojos han podido ver al hallarse en presencia de los rústicos atractivos de nuestras poblaciones del interior y de la costa, eso, y no otra cosa, expresado con más o menos perfección, es lo único que el lector más sagaz encontrará en este volumen que ya por tal sola circunstancia comienza a hacerse simpático y a dejarse apreciar. Relativamente fácil es, pues, emitir una opinión crítica sobre «Impresiones de viaje», y, para hacerlo, es justo que me circunscriba al punto de vista en que su autora misma se ha situado con la finalidad ulterior, bien manifiesta, de servir el propósito doblemente patriótico de dar a conocer el país a nacionales y extranjeros y de ayudar a los maestros, sus colegas, en la enseñanza de la geografía patria.



CHIRIQUÍ.—Sección del Ferrocarril.

Ahora bien; como una obra literaria, cualquiera que sea su objeto y su importancia, no puede ser sino el producto fatal de los varios factores, internos o externos, que influyen en el autor durante el proceso de concebirla, hácese me preciso que comience por determinar previamente el carácter de los elementos probables que hayan podido concurrir a la producción del

contenido de la obra que estudio. Si de otra suerte procediera caería irremediabilmente en el ridículo de querer juzgar su mérito real mediante conceptos fantasiosos e imaginativos, como si no hubiéramos salido ya hace mucho tiempo de los procedimientos críticos que se fundan en un arte misterioso o metafísico.

Ante todo, hay que tener en cuenta el hecho importante de que nuestra autora, la señorita Oller, a lo que parece, no posee una esmerada educación literaria de corte académico o escolar o, siquiera, proveniente de esfuerzos propios, larga y pacientemente sostenidos; es decir, sus recursos mentales, los que indudablemente ha tenido que poner a contribución para llevar a cabo esta su obra, no son de la clase de los que llamarían los preceptistas «adquiridos» sino de la de los naturales, de esos que más bien son gracioso regalo de

los dioses a sus criaturas predilectas. Debe entenderse, sin embargo, que esta observación no va enderezada ni implícita ni explícitamente a disminuir el mérito que alcancen las «Impresiones de viaje» al fin de la somera apreciación que de ellas estoy haciendo. Quiero sólo acercarme, lo más posible, hasta la relación existente entre tal interesante opúsculo y la cualidad de la aptitud indivi-

las impresiones de la Provincia de Chiriquí, las cuales se presentan como pinceladas fuertes y sugeridoras a los ojos, principalmente, de los que, como nosotros, no hemos tenido la dicha de conocer los bellos panoramas del valle feliz que llaman de la Luna; y estamos seguros de haberlas hallado también en las de la Provincia de Coelé cuando reaparece ante nuestros ojos evocada la famosa Angos-

que es esencial así en la vida del individuo como en la de la colectividad. Si no fuera porque no deseo atraerme el enojo de los intelectuales nacionalistas pondría también como causa eficiente de los defectos que he anotado la carencia de antecedentes y de ambiente adecuado en nuestro villorrio literario, que ni en trabajos escritos, ni en estímulos humanos, sinceros y obligantes, ofrece factores externos suficientes que concurren a la producción de obras perfectas dentro de su género y según las exigencias de una literatura de puro sabor y alcance nacionales. Los modelos criollos que pudieron inspirar a nuestra autora no existen o son, cuando más, escasísimos, o andan dispersos en publicaciones que tuvieron su día; y el farisaismo cultural, tan hipócrita y taimado como cualquiera otro farisaismo muy poco es lo que hasta aquí ha hecho, naturalmente, para que las letras humanas tengan entre nosotros un culto tal cuyo esplendor le atraiga prosélitos convencidos y fervorosos.

Al llegar aquí me siento asaltado por ciertas dudas. ¿No habré ido demasiado lejos en el empeño que desde el principio concebí «in pectore» de ser lo más imparcial y objetivo posible al formular la opinión que me mereciera esta obra? ¿Habré defraudado en sus esperanzas a mi espiritual amiga al gastarme con ella una franqueza que otros, en mi caso, habrían sacrificado en aras de una mal entendida cortesanía? ¿Qué obligaciones se contraen cuando un autor, que es autora, viene a uno con amabilidad exquisita a conferirle el honor, que lo es, de asociarle a una empresa en que él ha puesto ya lo mejor y la mayor parte de lo que fuera necesario? Yo no sé bien lo que he hecho; ni, francamente, estoy en capacidad de determinar por mí mismo hasta qué punto obligaban mi libertad las circunstancias de ser manos de mujer las que este pequeño libro escribieron. Diré, imitando a Marcelino Menéndez y Pelayo, lo que en cierta ocasión, y a propósito de un juicio suyo sobre una obra de doña Emilia Pardo Bazán, dijo aquél a ésta: La literatura y la verdad deben estar por encima de todos los privilegios de mujer y de las leyes de la galantería. La costumbre, por otra parte, de pésimo gusto, de convertir los prólogos en una sarta de epítetos halagüeños y de loas desmedidas después de haber puesto por los suelos, hasta

más no poder, el oficio de prologuista debe ser modificado en gracia de la moral profesional de que harto necesitada está la cáfila de los que en son de críticos andan por revistas y periódicos ejerciendo el dañoso apostolado de la benevolencia literaria.

De todos modos, en fin, la señorita Oller ha realizado una obra digna de aplauso que debe servir de ejemplo a la intelectualidad femenina panameña y así el gobierno como el público, y especialmente al que constituye el magisterio, harían muy bien si estimularan a mi distinguida amiga comprándole su libro, que es tan bueno como cualquier otro de los muchos que han merecido el favor oficial y siguen gozando de él. «Impresiones de viaje», sólo tiene ahora el gravísimo defecto de presentarse en compañía de un crítico nada lisonjero, que sabía, además, de antemano, que se las entendía con una mujer verdaderamente inteligente que no ha de hacer cuestión de orgullo ni de vanidad las franquezas que con ella él se ha permitido.



DONA ESTHER N. DE CALVO
Distinguida pedagoga panameña.

Señora doña Esther N. de Calvo

Nos favorece esta distinguida dama con un trabajo original suyo sobre el tema cada día más interesante de la educación física. La señora de Calvo, que es nuestra mejor autoridad en la materia que trata, se halla desde hace cinco años al frente de los cursos de

Pedagogía de la Escuela Normal de Institutoras, después de haberse preparado en los mejores establecimientos docentes de Bélgica, en donde ella residió durante ocho años consecutivos. Entre el gallardo grupo de damas y señoritas que tienen la representación intelectual femenina de Panamá, ella ocupa un puesto visible así por la cultura de su inteligencia, como por sus virtudes dignas de ser imitadas.

CUASIMODO agradece cordialmente la colaboración de su nueva amiga, y espera que no sea esta la única vez que tenga el placer de publicar sus producciones.

Discurso del General don Santiago de la Guardia, en el aula Máxima del Instituto Nacional

Señor Presidente, señores:

Después de haber hecho uso de la palabra el señor Presidente y los otros miembros del